

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, mayo de 1950

Núm. 975

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

¡EL SERÁ MI PADRE...!

¡Pobre Ibrahim! No había gustado las dulces caricias de su madre, que murió cuando él vino al mundo y, apenas cumplidos siete años quedaba también sin padre, solo y desamparado, sin fortuna ni parientes.

El triste lloró desconsolado durante muchas horas; después, una idea luminosa le infundió consuelo y esperanza.

¡Iría al Rabí! Tantas veces habíale visto acariciar a los niños, tantas había posado dulcemente su diestra poderosa, flor de prodigios, sobre su propia frente, que Ibrahim no tuvo un instante de vacilación: Jesús de Nazaret sería su padre.

Y salió en su busca.

Sabía que llegó a Jerusalén el domingo; él fué uno de los que salieron a recibirle con ramas de olivo en las manos, uno de los que gritó con mayor entusiasmo "¡Hosanna al hijo de David!" Después no había vuelto a verle. Al retornar a su casa encontró enfermo a su buen padre y ya no pudo salir más.

Pero él le encontraría, aunque tuviera que recorrer la ciudad toda, aunque hubiese de caminar sin descanso siguiendo las huellas adorables del Maestro.

—El será mi padre—decía para sí quedito.

Ibrahim fué al templo con la esperanza de hallar en él a Jesús predicando como otras veces; Jesús no estaba allí y el magnífico templo hallábase, ¡cosa insólita en víspera de tan solemne fiesta!, casi desierto.

Lejos oíase confusa gritería y de cuando en cuando, un toque de clarín.

¿Que sucedería...?

Ibrahim, un tanto asustado, preguntó a una mujer que pasaba a su lado por el Maestro, por Jesús Nazareno.

Ella, al oírle, rompió en amargo llanto.

—¡Pobre pequeño!—le dijo acariciándole—, ya no verás al buen amigo de los niños... Ahora le van a crucificar...

Ibrahim quedó anonadado.

—¡A crucificar!—repitieron sus labios en un sollozo—, pero si nunca hizo mal...

Sin esperar respuesta, echó a correr hacia el Calvario.

Vivo o muerto, quería verle otra vez el pobre pequeñuelo, que lloraba desconsolado, su dulce ilusión desvanecida.

Llegó al Calvario cuando ya Jesús y los dos ladrones pendían de su Cruz.

Dimas y Gestas estaban solos; nadie los consolaba en el suplicio; pero el Rabí no estaba solo; su Madre y Juan, permanecían en pie a ambos lados de la Cruz, contemplándole con los ojos empañados por el llanto.

Ibrahim se acercó cuanto pudo y, cayendo de hinojos,

—Señor—dijo tristemente—, ya no tengo padre y yo esperaba que tú querías serlo...; pero te veo pendiente de una cruz, próximo a expirar...

Entonces, Jesús miró a María con fiel ternura y le dijo dulcemente:

—Mujer, he ahí a tu hijo.

Y a Juan:

—He ahí a tu Madre.

Ibrahim se adelantó arrastrándose sobre las rodillas unos pasos y puso un beso en la túnica que la Madre afligida vestía.

—Señora—murmuró—, yo también quiero ser hijo tuyo... Ten compasión de mí, que soy un pobrecito huérfano.

Sobre la frente abatida del niño cayeron dos lágrimas de María, más bellas que las perlas, más cristalinas que gotas de rocío, y la celestial Señora inclinóse amorosa sobre el pequeñuelo que a sus virginales plantas sollozaba implorante.

Nada le dijo; pero le puso suavemente la mano de lirio sobre la cabecita.

Ibrahim sonrió feliz al través de sus lágrimas.

—Gracias, Señora—musitó—, ya no soy huérfano, porque tú serás mi Madre, ya que El, ¡ay de mí! no puede ser mi Padre...

Tres días después, triunfante de la

muerte, el dulcísimo Rabí abandonaba glorioso su sepulcro; Ibrahim tuvo la dicha de verle resucitado, de oír de sus labios augustas palabras de vida eterna y aprendió que quien cree en El no muere, que quien le ama y le sirve será feliz eternamente, que Jesús es Padre amoroso de los huérfanos, Consolador de los afligidos.

—Yo quiero ser tu discípulo, yo quiero ser tu siervo...

Jesús le contestó con su voz dulcísima:

—Tú eres mi hijo muy querido, porque en la orfandad y en la tribulación te acordaste de Mí, pusiste en Mí tu confianza y me buscaste para Consolador tuyo...; tú eres mi hijo, porque no fuiste a beber en los turbios charcos de felicidad aparente que el mundo ofrece, sino que te llegaste como cervatillo sediento a la Fuente de agua viva que apaga para siempre la sed. Bienaventurado seas, Ibrahim, porque has llorado y en tu llanto, te volviste al Señor tu Dios dándole el dulce nombre de Padre...

Cuando Ibrahim alzó la cabeza humillada estaba solo; Jesús había desaparecido.

M.^a Berta Quintero de Ballespin

Lo que hablaron en el jardín

Junto a la casa de campo, pequeña y de caprichosa arquitectura, está el jardín de voluptuosa floración. El dueño de la finca lo mandó hacer cuando era viejo, con esa extraña ilusión que ponen en sus obras los que saben que han de poder poco tiempo gozar de ellas. La casa y el jardín estaban rodeados por grandes extensiones de prados y labranzas por lo que más que jardín parecía un edén.

Entre las plantas que produce hay un rosal que tiene rosas casi todo el año; pero ninguna tan bella como la que brota el día a que me refiero. Blanca, hermosa, perfumada... Ella misma, al verse tan bella, no pudo rechazar un pensamiento de vanagloria.

Casi al mismo tiempo que la rosa, brotó también, medio confundida con la maleza, una florecita amarilla, con motitas rojas, que parecían gotas de sangre. La rosa, desde su esbelto talle, miró a la pe-

queña flor, y lanzando una oleada de perfume embriagador, la dijo así:

—Cómo nos aprovechamos, ¿eh? ¿Quién te ha traído aquí?

—No recuerdo bien —contestó la florecilla con voz queda y un poco asustada.

—¡Algún moscardón, alguna abeja en sus patas! ¡Como si lo viera! — dijo la rosa con orgullo.

—Es posible; pero te aseguro que no lo recuerdo. Hace ya más de un año que llegué a este lugar en germen.

—Pues no me di cuenta cuando viniste...

—No es extraño. ¡Mi semilla es tan diminuta!...

—Tú también eres muy pequeña...

—Dios hizo así a mis antecesoras, y así seguiremos siendo toda la familia... Nadie se fija en nosotras. Yo he nacido aquí de casualidad... Nuestra vida suele desarrollarse en el campo, donde nadie nos ve. Los únicos que nos visitan son las mariposas, las abejas y una infinidad de insectos que se posan en nosotras para libar el néctar, que es muy dulce. Por lo demás, solas toda la vida...

—¿Nunca has visto ni al hombre ni a la mujer?

—He oído hablar de ellos, pero no sé como son.

—Estás muy atrasada.

—Lo reconozco; pero nadie en el mundo puede elegir su lugar de nacimiento. Cada uno nace donde Dios quiere y como Dios quiere.

—No discurre mal. Precisamente esos hombres y esas mujeres de que te acabo de hablar presumen mucho de eso que tú dices nadie puede elegir, y hasta se tienen envidia por ello...

—Me parece ridículo...

—Pues es así. Los que han nacido en el campo envidian a los que han nacido en la ciudad; los que han nacido en una choza envidian a los que han nacido en un palacio; los que han nacido pobres envidian a los que han nacido ricos; en fin, que ninguno está contento con su suerte.

—¡Es raro!... ¡Pasar tan malos ratos por una cosa que no está en manos de nadie poderla elegir!...

—Te repito que me gusta tu manera de discurrir. ¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre propio. Llámame flor si quieres. ¿Y tú?

—¿Yo? Me llamo rosa; parece mentira que no lo sepas... Todo el mundo me conoce, y cuando hay que hacer un regalo de flores yo soy la preferida. Dentro de unos momentos vendrán al jardín dos jovencitas a quienes les gusta llevar siempre una flor prendida en el cabello o en el pecho. Ayer les oí hablar en este mismo lugar de ello.

—Me da miedo eso que dices...

—No sé por qué. En tí de seguro que no se han de fijar. ¡Eres tan pequeña!...

—Me das una alegría. Y a tí, ¿te cográn?

—Eso espero. Ayer era yo todavía botón y las oí decir: «¡Qué botón más hermoso. Mañana estará ya abierto!»

Y, efectivamente, esta mañana me abrí al primer beso del sol.

—Yo también; el sol es nuestro mejor amigo, ¿no es verdad?

—La rosa no contestó.

Por uno de los senderos del jardín se oyeron pasos y murmullo de voces.

—Son las jóvenes de que te hablé— dijo la rosa—, ya están ahí. Voy a derramar una oleada de perfume para que se fijen en mí.

En el jardín se notó un fuerte perfume de rosa. Las dos jóvenes llegaron junto al rosal...

—Mira—dijo la más joven—: el botón que vimos ayer ya se ha abierto. ¡Qué preciosidad! ¿No notas el perfume?

—¡Muchísimo! Esta me la llevo yo esta tarde al paseo. Estoy segura que ha de llamar la atención.

La joven alargó la mano a la rosa y la cortó.

¡Qué perfume exhala... es magnífica. La pondré en agua para que no se marchite.

Las dos hermanas salieron del jardín, y la florecita de hojas amarillas las miró con curiosidad, pues era la primera vez que veía mujeres, y, francamente, no había recibido muy buenas impresiones de ellas.

Llegó la hora del paseo. Entre risas y galanteos iba pasando la tarde. Todos estaban alegres; la única que comenzaba a ponerse triste era la rosa que se sentía morir por momentos. ¡Era tan grande el calor!...

Se acordó de su rosal fresco y generoso del búcaro de cristal en donde había pasado unas horas bastante felices viendo cuadros hermosísimos y muebles elegantes... pero ahora una tristeza enorme se apoderaba de ella... Hasta que llegó un momento en que no pudo más, se sintió morir, y se dobló tristemente sobre su tallo.

En el paseo siguió la alegría hasta bien entrada la noche. La joven volvió a casa y al entrar, su hermana menor la preguntó:

—¿Te has divertido mucho?

—Muchísimo. Estaba el paseo como nunca de animado.

—¿Gustó mucho la rosa?

—Todos la miraban con ojos de admiración. Pero ya está marchita.

—No es extraño. Con tanto calor...

—No sé que hacer con ella, pues la verdad la he tomado cariño.

—¿Qué vas hacer? Tirarla. Mañana de seguro que ya se habrá abierto otra.

La rosa al oír esto, hizo un esfuerzo supremo para enderezarse sobre su tallo pero no pudo hacerlo. Y sintió que la joven que hasta entonces tanto la había mimado, la cogía bruscamente por los pétalos y lanzaba al espacio.

Cuando cayó a tierra vió muy confusamente que estaba a los pies de la florecilla de pétalos amarillos con manchas rojas. Quiso hablarla, pero no pudo; ya no era de este mundo.

La florecilla amarilla, al ver a sus pies muerta a la rosa presumida, reflexionó y se dijo:

—No está todo en ser bella y admirada por los hombres. Hay algo que vale más que todo eso. De mí es verdad que nadie en este mundo se acuerda, pero Dios no me olvida. Dentro de pocos días mi semilla estará madura y caerá al suelo, y al año que viene, por ahora, en este mismo lugar florecerán otras flores como yo... ¡Mis hijas! ¿Qué más puedo pedir?

P. Silverio DE ZORITA.

O. F. M. Cap.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y a los ocho días otra vez estaban los discípulos de Jesús de Nazaret, dentro del cenáculo y Tomás con ellos.

Aparécese Jesús cerradas las puertas y pónese en medio de ellos diciendo: —¡Paz a vosotros!

Y en seguida dice a Tomás: Trae acá tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino fiel.

La incredulidad es el mal de los tiempos modernos.

El escepticismo que han traído las guerras y revoluciones de estos últimos tiempos, lo han invadido todo.

El hombre ha perdido la fé en muchas cosas. Ya no cree en los que le gobiernan, ni en la buena fé de quienes quieren sacrificarse por el bien de los demás. Rechaza, por absurdo, el concepto del deber y el heroísmo. Ha perdido con la fé, la esperanza de una redención humana en sus necesidades. Contempló aterrorizado la espantosa última contienda universal y continúa lleno de terror, sintiendo sobre su cabeza la espada peligrosa de un nuevo Damocles.

Hace el cálculo de su vida, sobre un periodo de tiempo muy reducido, por que ha perdido con la esperanza y la fé, la idea de una vida larga de paz y trabajo.

El escepticismo le ha invadido y lo que es mucho peor, las propagandas a que fué sometido en los últimos tiempos, en los cuales se le ofrecía una reivindicación total de su vida de trabajo y de sacrificios, y que más tarde vió convertidas en crueles amarguras, le hizo llegar el escepticismo hasta la fé religiosa que había hecho feliz a sus padres, dándoles resignación en sus trabajos y dolores e ilusión y esperanza de una vida mejor.

El hombre de hoy, ha perdido la fé totalmente.

Su último refugio, fué la fé cristiana pero desilusionado de las demás cosas que le habían destrozado las ilusiones de su vida, exigió, para seguir creyendo, el milagro permanente, y la visión real, pidiendo meter sus dedos en las llagas, para creer como Santo Tomás.

Y... desgraciados de aquellos que exigen ver con sus ojos para creer en la verdad.

En esta última etapa de desengaños a que hemos sido sometidos los mortales, es precisamente, la verdad de la fé en Dios, la única que ha podido subsistir al desmoronamiento de tantos ídolos falsos como los hombres han creado.

El mundo de hoy nos da constantes ejemplos de valentía y de fortaleza entre los creyentes y religiosos. Y es precisamente la fé religiosa el baluarte más firme con que se han encontrado los destructores de los grandes

ideales. Han destruido el patriotismo el deber, la lealtad, el honor; pero se han estrellado contra el baluarte de la fé cristiana.

Si efectivamente, entre las masas, el escepticismo ha llegado hasta sus ideales religiosos, sin embargo, la semilla fructificará con más energía al contemplar en medio del erial, la flor inmaculada y arrogante, de quienes siguen creyendo con la fé enorme del verdadero discípulo de Cristo y dejan que arranquen a girones pedazos de su cuerpo que al fin en polvo se ha de convertir como se convertirá también el cuerpo de los tiranos.

No perdamos la fé, que la precisamos cada día más, en estos tiempos que nos ha tocado vivir. Sin ella la vida es más triste, las penas más amargas, los dolores más intensos y las ilusiones se borrarán por completo de nuestro corazón.

Nos queda ese refugio; la fé, ciega, llena de romanticismo, apartada de todo cálculo humano y matemático, sin limitación alguna. poniendo en ella toda la fuerza de nuestro corazón que lleno de deseos de ilusiones y esperanzas, ve en ella la única verdad que no le ha engañado nunca y que le da una constante alegría que pone palabras de amor en su boca y gozo en su corazón

Tomás humillado en el suelo exclama:

—¡Señor mío y Dios mío!

—Porque me has visto has creído, le dice Jesús de Nazaret, dichosos los que no han visto y han creído.

R.

Soberanamente tonto y ridículo

En una ciudad de poca importancia por cierto, y tal vez sin lugar en el mapa, se presentó en cierta ocasión una compañía de las que abundan, y que tenía por fin qué se yo cuáles asuntos agronómicos.

De ella formaba parte un joven ingeniero que, por desgracia harto común, había perdido la creencia al obtener el título.

Recibieron hospitalidad los miembros de la tal comisión de la más acomodada familia del pueblo, en la que había una joven de simpática figura, de no vulgar ingenio y, sobre todo, de gran piedad y resolución, como después se verá.

Es achaque común de los incrédulos modernos ignorar nuestra religión y burlarse, sin embargo, de ella; no parezca pues, raro que el ingeniero de que hablamos, al día siguiente de su llegada, escandalizara a aquella buena gente con ordinarias y groseras burlas a todos nuestros misterios.

La consternación de la familia era general, y sólo se oían las soeces risotadas de los acompañantes del ingeniero.

La joven inclinó el rostro, encendido como la grana, y no dijo palabra.

Pasaron muchos días, y casi siempre a la hora de la mesa se repetía la anterior escena, con variantes ligerísimas.

Concluyó al fin su trabajo el ingeniero; él lo creía maravilloso, y, envanecido de ser su autor, desplegaba sus planos con aire de triunfo ante sus amigos y familia; aquéllos los alababan y felicitaban con calor al ingeniero por tan buen éxito. De pronto, entre aquel concierto de alabanzas brotó una carcajada sonora, estridente, juvenil; volvieron todos los ojos a donde salía, y vieron a la joven, que, doblemente encendida por la risa y el rubor, señalaba con el dedo los planos y hacía graciosos dengues de disgusto.

La miraban con asombro, y su padre entre sorprendido e irritado, exclamó con energía:

—¿Sabremos de qué te ríes, niña?

Ella continuaba riéndose, y su implacable dedo apuntaba siempre a los planos.

El ingeniero palidecía a veces; sus labios temblaban y daban señales de grande ira, que aumentaba con la persistente risa de la muchacha.

Dominándose al fin cuanto pudo, le dijo en tono seco y brusco:

—¿Qué ha notado usted en mis planos señorita, que le causa tanta gracia?

Haciendo poderosos impulsos para contener la risa, contestó la joven.

—¡Están tan feos!... ¡Esas rayas tan rectas, esos picos tan mal hechos!, y luego los colores... ¡Vaya, vaya!—exclamó dirigiéndose a los amigos del ingeniero—. No sé por qué aplauden y admiran ustedes estas figuras. A mí me recuerdan muy al vivo esas manchas que dejan en los pavimentos los yanquis que mastican breva.

Y volvió a resonar su estridente carcajada.

El ingeniero que veía poner en parangón sus trabajos con cosa tan sucia, y esto por una muchacha ignorante, no pudo contenerse y exclamó:

—¿Sabe usted topografía, señorita?

—¡Nada!— contestó ella sonriendo aún.

—¿Y dibujo?

—¡Tampoco!

—¿Y ha visto usted muchos planos?

—¡Son los primeros!

—Me admira entonces, señorita, su risa de usted y me parece altamente tonto y ridículo burlarse uno de lo que no entiende.

Irguióse entonces ella, y altiva y majestuosa como reina, preguntó:

—¿Conoce usted a fondo la religión católica?

—¡No!—contestó el joven.

—¿Ha leído usted la Biblia?

—¡No!

—¿Y el catecismo, caballero?

—Tampoco.

¿Recuerda siquiera las enseñanzas que sin duda puso en el corazón de usted su buena madre?

—Las he olvidado—dijo el joven inclinando la cabeza.

—Pues entonces, caballero, estuvo usted soberanamente tonto y ridículo cuando en días pasados se burló de lo que no entiende.

Aquel día la mesa estuvo en paz, y al siguiente, el ingeniero y sus amigos, se despedían de aquella casa, donde tan terrible lección habían recibido.

A. T.

Así es España

España siempre fué así:
a la traición y al cinismo
contesta con el heroísmo;
a la astucia baladí
con su ardiente frenesí;
a la tenaz petulancia,
contesta con su arrogancia;
que no hay en toda la tierra
quien la humille con la guerra;
si no que lo diga Francia.

Que un día, aquella nación,
guiada por un coloso
emperador ambicioso,
quiso vencer al león
hispano, y Napoleón,
de una manera afrentosa,
traicionera y deshonorosa,
ante los hispanos pechos
viendo sus triunfos deshechos,
puso pies en polvorosa.

Y no esperó la venganza,
porque España no se venga.
¡Que se venga quien no tenga
la suficiente templanza!
Pesa España en su balanza
no la pasión que se encona,
que España no se apasiona,
ni injusta se beneficia;
defiende leal la justicia
al peso de su Tizona.

Esta es la España de ayer,
igual que la España actual.
¿Hay que luchar contra el mal?
¡Pues se lucha hasta vencer!
de esta manera de ser,
batalladora, sin saña,
invencible en la campaña
y humanitaria en la paz,
por la divina bondad
es nuestra querida España.

Hermenegildo RODRIGUEZ

● Comentando

"Platillos volantes" ▶

Sobre este delicado asunto de suma actualidad, he tenido hasta ahora, una opinión.

Pero ahora, estoy completamente convencido de mi equivocación. Los platillos volantes, si son cosa de la tierra, pero no experimentos más o menos fantásticos de armas más o menos secretas. Son desperdicios que se escapan de algunas manos pediguéñas y sablistas, y que recorren los espacios sidéreos en busca de "primos" a quien sablear.

Las plataformas desde las que se lanzan, son las esquinas más estratégicas de nuestras calles y plazas, así como los paseos públicos y avenidas importantes, sin despreciar los sitios ocultos, en los que al temor y el miedo pueden ser un aliciente para la generosidad del amigo.

Sus lanzadores son, por lo general gentes caídas de algún puesto elevado o situado a mitad de altura, del que se derrumba por malversaciones, falsificaciones, irregularidades de distintos aspectos, etc. Casi nunca estas caídas son consecuencias de una vida honestamente ordenada y administrada, en la que la desquiciada economía de la actual vida haga necesario tan generosa solución. Esa botella de más bebida; no a la salud de los suyos, sino a costa de los suyos; esas pieles que abrigan un maniquí femenino de extrarradio; esa ruleta que gira mareante para la familia y absorbente para el jugador, son, las más de las veces, los cohetes que impulsan el artefacto del "platillo volante", para que a su resplandor se cieguen los amigos mas o menos íntimos, y se sacudan el bolsillo, para remediar... al tabernero al maniquí, o a quien sea, pero no a las víctimas inocentes de una casa envilecida por un hombre que no sabe conservar la solera que le dieron sus mayores.

Se da el sablazo, después vienen las disculpas, al no poder cumplir con el amigo. Siguen las lamentaciones de el y de los suyos, y, como única solución, lo que vulgarmente llamamos "pufo".

Y no para aquí la acción demoleadora de los "platillos volantes". Es un deporte al que se aficiona uno casi sin querer. El hombre por naturaleza, es inclinado a la vagancia. El que me niegue esto miente. Nadie quiere trabajar, por la sencillísima razón de que siendo, como en efecto es, el trabajo un castigo instituido por Dios como

contribución de lujo por nuestros pecados, nadie quiere sentir sobre sus espaldas este peso, como nadie quiere cargar con ningún otro castigo, y como todos protestamos de toda clase de contribuciones. Digo que el hombre, que por naturaleza es enemigo del trabajo, en el momento en que encuentra un "primo" que le pague un jornal o un emolumento para no trabajar, se "apunta" en esta obra y no trabaja ya en otra aunque le pelen.

¿Remedio? No tender nuestra mano a quien nos tienda el artefacto de un "platillo volante". Esto no va contra la caridad, sino que es verdadera caridad. Que hay necesidades de espanto, es cierto, pero estas están debidamente controladas por organismos adecuados, que distribuyen nuestras limosnas, y nos privan del sablazo y del tino. Acudamos a ellos con nuestras limosnas y seremos el antiáreo de estos vergonzosos "platillos volantes" que tanto abundan.

HERO

Almacenes

Materiales de Construcción

Covadonga, 27 - Teléfono 18-17

GIJON

Agencia "ZARAGOZA"

Trasposos, negocios, etc.

Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Tel. 1817

GIJON

"GONDEL"

Multicopista Americana

Alvarez Garaya, 25 GIJON Tel. 4039

Máquinas de coser y bordar

"ALFA"

Exposición y venta: Alvarez Garaya, 25 (esquina a Langreo) - GIJON



Ornametación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 VALENCIA
Junto a la Plaza de la Virgen)

CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Tel. 3115 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)